

Martirologio Romano: Santos Agustín Zhao Rong, sacerdote, Pedro Mártir Sans, obispo, y compañeros, mártires, que en varias épocas y lugares de China testimoniaron con coraje el Evangelio de Cristo con la palabra y con la vida y, cayendo víctimas de las persecuciones por predicar o profesar la fe, fueron partícipes del glorioso banquete del Cielo.

Breve contexto histórico

En los tiempos modernos el anuncio del Evangelio en China se debe mucho a la Compañía de Jesús, es decir, al envío de misioneros como Matteo Ricci, que desembarcó en Macao en 1582. A la muerte de este jesuita en 1619, había unos 2.500 cristianos. Después de que la dinastía Ming fue sustituida por la Manchú (1644), comenzó una primera reacción contra los cristianos, exarcebada también por el desarrollo de la cuestión de los ritos. En la persecución de 1648, sufrió martirio, con la acusación de difundir falsas doctrinas religiosas, el dominico san Francisco Fernández de Capillas, protomártir de China, que había empezado 15 años antes su trabajo apostólico en la provincia de Fujian. Bajo el reinado del emperador Kangxi (1654-1722) se siguieron dando condiciones favorables para la expansión del cristianismo (los jesuitas fueron llamados a Pekín en calidad de “doctos”), si bien, a menudo turbadas, una vez más, por la cuestión de los ritos, la misma que durante los sucesores de aquel soberano contribuirá a desencadenar entre 1726 y 1796 un largo período de persecuciones. Entre 1747-1748 sufrieron el martirio el obispo dominico Pedro Mártir Sans (1747), y los también dominicos: Francisco Serrano, Joaquín Royo, Juan Alcober y Francisco Díaz (1748). A comienzos de 1800, tras la represión de las revueltas instigadas por la secta del “loto blanco”, los cristianos fueron acusados de rebelión y hostilidad a la autoridad imperial y los misioneros proscritos del país. Entre los mártires de esta persecución junto a varios catequistas chinos y religiosos extranjeros, se encuentra Agustín Zhao Rong, al que vamos a referirnos.

Nota biográfica de Agustín Zhao Rong

Agustín Zhao Rong nació en Guizhou en 1746 en una familia pagana. A los 20 años se enroló en el ejército imperial y a los 26, como guardia de la prisión de Wuchuan, recibió la tarea de custodiar a los cristianos encarcelados tras la persecución imperial desatada en 1772. Y es justamente aquí donde ocurre algo extraordinario. Sucedió que se detuvo cada vez más a menudo para escuchar a los sacerdotes que no dejaban de proclamar el Evangelio, ni siquiera durante la detención, y casi sin darse cuenta se encontró convertido al cristianismo. Recibiendo el bautismo del 28 de agosto se hizo

llamar Agustín, luego se puso al servicio de los misioneros que se ocupaban de bautizar a los niños que morían de hambre y, una vez terminados los estudios teológicos necesarios, fue ordenado sacerdote en 1781. Gran predicador, capaz de conmovir hasta las lágrimas con sus relatos de la Pasión de Jesús, obtuvo muchas conversiones y fue enviado a Yunnan para evangelizar a los aborígenes. Lamentablemente la persecución anticristiana se reanudó en China y Agustín, reconocido como sacerdote, fue encarcelado y sometido a tortura hasta su martirio en 1815.

Elogio de San Juan Pablo II a los mártires de China

Conságralos en la verdad; tu palabra es la verdad. Esta invocación, que reproduce la voz de la oración sacerdotal de Cristo elevada al Padre en la Última Cena, parece subir de la muchedumbre de santos y bienaventurados que el Espíritu Santo suscita en su Iglesia a lo largo de los siglos. Dos mil años después del comienzo de la obra de la redención, hacemos nuestra esa invocación, con los ojos fijos en el ejemplo de santidad de Agustín Zhao Rong y sus ciento diecinueve compañeros mártires en China. Dios Padre los consagró en su amor, escuchando la oración de su Hijo que le adquirió un pueblo santo al extender sus brazos en la cruz para destruir la muerte y manifestar la resurrección.

La Iglesia da gracias al Señor porque la bendice y derrama en ella la luz con el resplandor de la santidad de estos hijos e hijas de China. La jovencita Ana Wang, de catorce años, resistió las amenazas del verdugo que la invitaba a apartarse

de la fe de Cristo, diciendo mientras se preparaba con ánimo sereno a ser decapitada: “La puerta de los cielos ha sido abierta a todos”, y con susurros invocó tres veces a Jesús; Xi Guizi, un joven de dieciocho años, dijo impávido a quienes le acababan de cortar el brazo derecho y se esforzaban por arrancarle la piel cuando todavía estaba vivo: “Cada trozo de mi carne, cada gota de mi sangre traerá a vuestra memoria que soy cristiano”. Con la misma fortaleza y alegría, otros ochenta y cinco chinos dieron testimonio, hombres y mujeres de toda edad y condición, sacerdotes, religiosas y laicos que, con la entrega de la vida, confirmaron su indefectible fidelidad a Cristo y a la Iglesia. Esto sucedió en diversas épocas y tiempos difíciles y angustiosos de la historia de la Iglesia en China. En esta multitud de mártires resplandecen también treinta y tres misioneros y misioneras que, dejando su patria, intentaron insertarse en las costumbres y mentalidad chinas, adoptando con gran amor las particularidades de aquellas tierras, seducidos por el deseo de anunciar a Cristo y de servir a ese pueblo. Sus sepulcros todavía se conservan allí para mostrar que pertenecen a aquella patria a la que, a pesar de la flaqueza humana, amaron con sincero corazón, consagrando a ella todas sus energías. (Homilía 1-10-2000)

